

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA APICULTURA EN EL ALTO ARAGON

D. GÓMEZ, G. MONTSERRAT y C. PEDROCCHI

El objeto de la presente comunicación es dar a conocer un plan de investigación aplicada que va a dar sus primeros pasos en breve, al tiempo que pretendemos resaltar el olvido en que ha caído una de las explotaciones que, siendo sin duda rentable, es además fácil de manejar, tanto a nivel industrial como familiar: se trata de la apicultura.

La problemática de las áreas montañosas es una preocupación actual y ya conocida, por lo que no creemos conveniente extendernos en ella. Sólo cabe decir que la diversificación y aprovechamiento correcto de los recursos naturales, sin recurrir a sofisticadas estructuras tecnológicas, resultan básicas para apoyar en ellas la economía montañesa.

Hasta hace poco tiempo, en cualquier pueblo de la montaña había algún apicultor. Era la típica industria primitiva que, para un mínimo aprovechamiento de miel y cera, perjudicaba enormemente la población de abejas que componían la colmena. Básicamente las colmenas de abejas se alojaban en vasos de fabricación rudimentaria, primero troncos huecos o cestos de mimbre recubiertos de barro y después recipientes longitudinales de tablas. El aprovechamiento se basaba en la corta o castra de los panales más exteriores, donde no se hallan larvas de abeja, y mediante prensado se extraía la miel, separándola de la cera. La obtención industrial de parafinas ha relegado a un segundo término —por poco rentable— la cera de abejas: si consideramos que la secreción de un kilo de cera exige a las abejas el consumo de diez kilos de miel, se comprende que fuera olvidado pronto el primitivo sistema.

En sustitución se utilizan ahora colmenas tipo DADANT ROOT o LANGSTROTH, con paneles móviles que permiten extraer la miel sin al-

terar la estructura de cera del panal. Sin embargo, y salvo escasas excepciones, el aprovechamiento sigue siendo poco rentable, pues sólo se obtiene miel y en cantidades relativamente escasas; se considera una buena cosecha la obtención de diez kilos anuales, lo que supone —en años de fortuna— que el pequeño colmenar experimental, que puede instalar cualquier persona interesada, no se logra amortizar hasta el segundo o tercer año.

A nuestro entender, existe una falta de información, de investigación adecuada, además de una serie de creencias tradicionales inexactas que perjudican enormemente este tipo de explotación. Por ejemplo, en el área de la Canal de Berdún, los colmenares se instalan en aliagares, por la creencia popular de que la miel de aliaga es exquisita, mientras los tratados de flora apícola demuestran que dicha planta sólo es productora de polen y por tanto no sirve para la elaboración de miel.

Por todo ello, la explotación de colmenas de cara a la obtención exclusiva de miel supone un punto de vista muy simplificado y ampliamente superado por las posibilidades actuales.

Basamos el estudio, que en breve pretendemos comenzar, en dos hechos importantes: la diversificación de la explotación apícola, por un lado, unida a la utilización de los gradientes de altitud y las sucesivas épocas de floración, por otro, para establecer una trashumancia apícola más rentable y obtener un producto que amortice, e incluso produzca beneficios el primer año de instalación del colmenar.

Tras amplia encuesta entre colmeneros altoaragoneses hemos podido constatar que la trashumancia es prácticamente desconocida en nuestra región, a pesar de que los datos obtenidos demuestran cómo este tipo de explotación puede llegar a triplicar la cosecha de miel, con un incremento de trabajo mínimo.

Las técnicas trashumantes en los casos en que se utilizan adolecen, empero, de falta de diversificación respecto a los productos aprovechados: el polen, el propóleo y la jalea real, antaño sin valor comercial, gozan hoy de unas posibilidades de comercialización que pueden convertir la apicultura en una actividad muy rentable.

En el caso del *polen*, su explotación debe ser más rentable que la de la miel si tenemos en cuenta su mayor valor comercial. Además, si bien las plantas productoras de néctar son relativamente escasas, todas las flores producen polen, de tal manera que su explotación puede prolongarse —aún en el caso de colmenas sedentarias— a unos seis o siete meses al año.

El *propóleo*, actualmente explotado en otros países, presenta la dificultad de su extracción. Sin embargo, aún a nivel de subproducto obtenido en la necesaria limpieza de las colmenas, resulta explotable ya que se comercializa fácilmente y con precios elevados, pues su demanda desde los países nórdicos es alta.

La obtención de *jalea real* es un problema de difícil solución, dado que necesita gran dedicación con experiencia, y por lo tanto, no la consideramos por el momento.

En conclusión, proponemos ahora que se intensifique la investigación sobre este tema en la montaña aragonesa, describiendo brevemente a continuación nuestro proyecto, que creemos puede tener resultados prácticos inmediatos además de servir de base para trabajos futuros que adecúen la explotación apícola a las características de nuestra región.

Se trata de comparar la obtención de miel con grupos de colmenas de las mismas características en los tres pisos de vegetación más representativos. Una parte de dichos colmenares permanecerá sedentaria, mientras que otra parte trashumará entre dichos pisos conforme avance la época de floración. Esperamos demostrar que la segunda técnica proporciona un incremento apreciable en la producción de miel.

Por otra parte, con otro colmenar de características similares a los anteriores, controlaremos la posibilidad de extraer polen sin perjuicio de la producción de miel, ensayando técnicas para mejorar la extracción del propóleo y aumentar su producción.

Esperamos que este trabajo aporte algo para mejorar la explotación de los recursos naturales, fundamental para la supervivencia de las áreas rurales altoaragonesas.